

¿Qué oportunidades? Igualdad de poder! Una visión para los estándares de género

Vicente MANZANO ARRONDO

Correspondencia

Vicente Manzano Arrondo

Universidad de Sevilla
Departamento de Psicología
Experimental
Facultad de Psicología
c/ Camilo José Cela s/n
41018 – Sevilla
Teléfono: 95 455 7646
Fax: 95 455 1784
E-mail: vmanzano@us.es

Recibido: 30/07/2008
Aceptado: 03/10/2008

RESUMEN

La igualdad de oportunidades es el método escogido para trabajar en justicia social en torno al género. Suponemos que el objetivo de la justicia es conseguir igualdad de oportunidades para hombres y mujeres. En este trabajo es muy importante denunciar que pensar sólo en oportunidades es generar injusticias significativas. La principal propuesta es pensar en poder. Escribimos acerca del poder como el espacio coincidente de oportunidades y capacidades. La mejor forma de trabajar por la igualdad es conseguir el mismo poder para hombres y mujeres. Ello necesita algunos principios fundamentales: rescatar la importancia de las capacidades, desenmascarar el juego del mérito, definir poderes relevantes, denunciar el uso de estándares sociales en la creación de discapacidades y arreglárselas sin la teoría de las oportunidades para construir justicia social.

PALABRAS CLAVE: Igualdad de oportunidades, Capacidades, Poder, Estándares sociales, Género, Educación.

What opportunities? Power equality! A vision for genre standards

ABSTRACT

Equality of opportunities is the method chosen to work on gender in social justice. We presume that the goal of justice is to guarantee equality of opportunities for males and females. This paper claims that just to consider opportunities implies generating significant injustices. The main proposal is to think about power, which is understood as the meeting point of opportunities and abilities. The best way to work for equality is to provide men and

women with the same power. It needs some fundamental principles: to rescue the importance of abilities, to unmask the pretence of merit, to define outstanding powers, to denounce the use of social standards in the creation of disabilities and to do without the theory of opportunities to build social justice.

KEYWORDS: Equality of opportunities, Abilities, Power, Social standards, Gender, Education.

Oportunidades y género

Son muy numerosos ya los estudios que muestran cómo las mujeres reciben un trato diferente a los hombres en las posiciones sociales relevantes, como los cargos o las ocupaciones. Así, por ejemplo, en una investigación reciente encontramos que las mujeres ocupan con más dificultad puestos de decisión en las empresas a pesar de contar con mejor formación para ello y que, en general, su preparación es más idónea dentro de los mismos puestos de trabajo (ASIÁN, MANZANO y RODRÍGUEZ SOSA, 2008).

El acceso más dificultoso a las mismas posiciones lleva lógicamente a una preocupación por las oportunidades diferentes con que las personas pueden aspirar a logros en función de su género. De esta manera, la teoría de la igualdad de oportunidades ha ido tomando forma y adaptándose considerando a la variable género como una de las características más relevantes. Tal es el caso que la búsqueda de documentos sobre igualdad de oportunidades en cualquier motor lleva necesariamente a una mayoría de trabajos que abordan, precisamente, la cuestión de género.

Como indica Blat (1994), la acción educativa centrada en suministrar la misma educación a niños y a niñas en aulas mixtas y con idénticos programas se basó en la idea de que había que trabajar por las mismas potencialidades en hombres y mujeres. La acertada creencia de que la educación es un instrumento para la consecución de una sociedad justa se encuentra tras el interés de igualación.

Posiblemente, el mayor logro del énfasis en las oportunidades sea trabajar por la conciencia de igualdad, si bien entretiene el objetivo último y genera una contraproducente sensación de satisfacción desde sólo una parte de lo que debería considerarse una sociedad justa. Quizá, pues, está resultando ser más un inconveniente que una ayuda. El énfasis en la igualdad de oportunidades, que baña discursos e iniciativas legales a todos los niveles, es un lobo con piel de cordero que justifica, paradójicamente, la existencia de importantes desigualdades en características fundamentales. No basta igualar las oportunidades, como no

basta con hacer películas con mujeres y hombres a un mismo nivel si la realidad circula por otros caminos. También es cierto que parte de los trabajos que se realizan desde el epígrafe de las oportunidades no se centran en éstas, sino en otros conceptos relevantes, como son las capacidades. De hecho, el esfuerzo educativo intenta ser justificado en términos de la adquisición de capacidades que permiten trabajar en igualdad de acceso a recursos. Ocurre así, por ejemplo, cuando se lucha contra el analfabetismo femenino (BONDER, 1994). Ocurre cuando se reivindica una acción más holística:

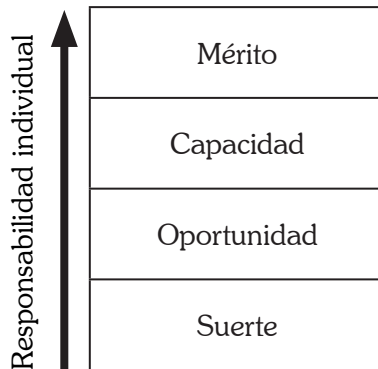
“El desafío es lograr cambios en las políticas, programas y prioridades de gasto a tal escala que se beneficien las poblaciones más necesitadas. Un argumento irrefutable que las organizaciones de mujeres pueden esgrimir es que elevar el acceso de la mujer a la educación, a los servicios de salud y mejorar su capacidad para tomar decisiones vitales constituye una inversión idónea y contribuye al desarrollo” (COLLYMORE, 2005, 4).

Trampas en la teoría de oportunidades

La igualdad de oportunidades bebe de la filosofía liberal, desde la que la sociedad prospera gracias a la competición entre sus miembros, basada en la ambición individual. Para que el mecanismo funcione debidamente y genere progreso es importante garantizar que todas las personas compiten en igualdad de condiciones, lo que lleva al criterio de igualdad de oportunidades, igualitarismo liberal o liberalismo igualitario (LOEWE, 2007). Este igualitarismo se concreta principalmente en dos mecanismos (ROEMER, 2000): allanar el terreno de salida de la competición y no discriminar en la llegada sino escoger siempre a los mejores.

Una de las características que mejor definen las teorías de justicia social que rondan la igualdad de oportunidades es la confusión terminológica. Los mismos términos se utilizan con significados diferentes y los mismos significados se exponen con términos diferentes. Por ello, aunque son las oportunidades lo que suele centrar la atención de quienes se dedican a la teoría, finalmente los logros o resultados son los objetos que acaparan el interés de quienes se ocupan de la práctica (DEERE y WELCH, 2002). A pesar de esta confusión se pueden distinguir cuatro elementos fundamentales que participan (en su totalidad o en parte) en las diversas perspectivas. La figura 1 los muestra de forma organizada.

Figura 1. Los cuatro elementos de la igualdad de oportunidades



- 1) La suerte o *lotería natural*. Nada tiene que ver con el individuo concreto que se ve agraciado con el premio. La herencia proveniente de los progenitores es un buen ejemplo.
- 2) Las oportunidades. Se sitúan en el ambiente o contexto y provienen del entorno físico, de la organización social definida por los programas específicos o generales desde la administración del Estado, o de las construcciones de los grupos o comunidades.
- 3) Las capacidades. Muestran las características que permiten identificar individuos *capacitados*: su inteligencia, su fortaleza, su agilidad, sus conocimientos...
- 4) El mérito o esfuerzo. Situado íntegramente en el interior del individuo, tiende a ser utilizado como la explicación última del éxito, pues nada hace la suerte, la oportunidad ni la capacidad si no interviene el mérito particular.

Como es habitual que ocurra en todos los ámbitos, quienes teorizan sobre la justicia y utilizan estos elementos comienzan con la fe y terminan con la razón. En otros términos: justifican como pueden lo que desean justificar, acudiendo principalmente a dos estrategias:

- Utilizando principalmente unos de los cuatros elementos y excluyendo los otros del análisis.
- Reconceptualizando cada término, de tal forma que termine configurado según el interés de quien redacta la teoría.

Así, existe unanimidad en considerar que la suerte o lotería natural debería ser excluida de toda teoría de justicia. Sin embargo, en la práctica, se argumenta en no pocas ocasiones que intervenir en tal circunstancia es tan laborioso que resulta peor el remedio que la enfermedad, por lo que hay que dejar a la suerte que siga su curso. Hay quienes centran su concepción en las oportunidades, defendiendo que la sociedad ha de ser un campo de competición por puestos sociales y que se debe conseguir que las condiciones de partida sean las mismas para todos los competidores. Hay quienes se centran en los logros finales, indicando que la igualdad debe llegar hasta los últimos extremos (ALEGRE, 2004).

Peor enemigo que la selección de elementos es la reconceptualización, pues la definición intencionada de los conceptos puede llevar a una práctica de discriminación bajo una teoría de igualitarismo. Los elementos incluidos en la figura 1 no están nada claros. ¿Qué es el mérito o esfuerzo sino un resultado de las capacidades? ¿Y qué son las capacidades? ¿No provienen de las oportunidades o de la suerte? ¿Por qué soy *persona tan lista*?: o bien he nacido así (lotería natural) o bien he gozado de suficientes oportunidades (gracias a mi familia o a mi país) como para que los procesos de educación y de formación hayan conseguido un individuo tan capacitado como yo. Centrar el meollo de la acción política en la igualdad de oportunidades es una apuesta que lleva al fracaso, especialmente por ignorar la riqueza de circunstancias (capacidades, suerte y mérito, pero aún más) que coexisten junto con las oportunidades y por la posibilidad de conceptualizar éstas como mínimos.

Pensemos, por ejemplo, en el caso de mujeres cuyo proceso de socialización ha facilitado que deseen ser subalternas antes que mandos. La igualdad de oportunidades no modifica esta situación. Es más, cuando las oportunidades absorben la atención, otros aspectos directamente ligados a la ética, como la dignidad, quedan descuidados. Observemos que los cuatro elementos de la figura 1 están confeccionados desde la óptica de la responsabilidad individual. El papel frío de una sociedad justa, según esta perspectiva, se limita a proveer buenas situaciones de partida, dejando a sus miembros abandonados a la suerte. Una sociedad justa no puede permanecer con los brazos cruzados mientras no se han cubierto las características mínimas que afectan a la dignidad de las personas, sea poca o mucha la responsabilidad individual que éstas hayan tenido en su situación. Es más, sin suficiente capacidad, sin suficientes oportunidades alternativas, ¿qué responsabilidad cabe atribuir a los miembros desahuciados? Pensar en iguales oportunidades para acceder a la posesión de un coche es un lujo que no debería merecer esfuerzo intelectual mientras existan personas que luchan por mantener la vida en condiciones absolutamente adversas. La teoría de las oportunidades es, en este sentido, un insulto a las prioridades humanas.

Hablemos mejor de poder

Juan puede subir un árbol porque tiene fortaleza (capacidad) suficiente para ello y cuenta con un árbol a su lado (oportunidad). Que finalmente suba o no es ya una cuestión relativa a su voluntad. Lo relevante es que *puede* hacerlo.

Las teorías sobre el poder se han centrado tradicionalmente en su acepción como sustantivo. “El poder” es cosa mal repartida en el mundo. Unas personas lo ejercen y disfrutan. Otras lo padecen y, tal vez, lo envidian. Una concepción centrada en el poder como sustantivo (*poder-sobre* que dice Holloway, 2002) evita pensar en individuos poderosos. Sólo hay una forma de tener poder: quitárselo a otro individuo, pues la suma total es constante.

Pensar en poder como un verbo (*poder-hacer* que dice Holloway, op.cit.) permite romper la suma constante y pensar en la creación de poder. Aquí es donde se encuentra la verdadera revolución para la justicia social y la rotura de las limitaciones tradicionales al fin de las desigualdades debidas al género. En pocas palabras: ¡No a la igualdad de oportunidades! ¡Sí a la igualdad de poder relevante!

Este documento tiene excesivas limitaciones de espacio para exponer una teoría completa basada en la igualdad de poder, pero podemos aspirar a dibujar las líneas básicas en tres puntos y algunas extensiones.

Tres puntos fundamentales para la justicia social

- 1) El poder es la coincidencia de oportunidad y capacidad. *Puedo* abrir esa puerta porque está a mi alcance y porque tengo precisamente la llave que la abre. Si cuento con capacidades no coincidentes (llaves que no abren estas puertas) u oportunidades no coincidentes (puertas que no abren mis llaves), no hay poder.
- 2) Todo poder no tiene la misma importancia. No tiene la misma trascendencia el poder de rascarse la rodilla que el poder de alimentarse. Asociados con las necesidades y los derechos fundamentales, se encuentran los correspondientes *poderes relevantes*.
- 3) La justicia social sólo tiene lugar cuando todos los miembros de la sociedad cuentan con igualdad de poderes relevantes. Es injusto que una persona pueda tomar un avión desde Roma para comprar una hamburguesa en

Nueva York, consumiendo recursos sociales, mientras que otra no puede garantizar su subsistencia ni la de su descendencia.

Algunas extensiones

Para algunos ojos lectores puede parecer ingenuo o infantil enunciar puntos como los anteriores. Eso es lo de menos. La acusación de ingenuidad no está mejor aplicada aquí que en la creencia de que los actuales parámetros de igualdad de oportunidades están sirviendo realmente para construir una sociedad justa. Por otro lado, esa acusación no invalida, sino que alienta. Tal vez el futuro sólo albergue esperanza en manos de la gente ingenua. Necesitamos algo diferente. Abundar en lo mismo sólo crea lo mismo.

La igualdad de poder relevante requiere detenerse concienzudamente en los mecanismos que la dificultan. Gracias al enfoque de poder = oportunidad (coincidencia) capacidad, podemos analizar algunas dinámicas nocivas. Para no extendernos en exceso en los múltiples elementos que se derivan de este enfoque, vamos a detenernos en uno de los que puede ser más trascendentes al asunto del género: los estándares.

La sociedad trabaja construyendo oportunidades. Éstas obedecen a modelos determinados que, en pocas palabras, se refieren a las capacidades prioritarias para los objetivos seleccionados. Por ejemplo, diseñamos una ciudad pensando en el objetivo prioritario de la movilidad. De todas las concreciones que ésta podría adoptar, se escoge la movilidad motorizada. Así, la ciudad termina diseñándose organizando las oportunidades para quienes tienen las capacidades instrumentales de moverse en coche. El Espacio Europeo de Educación Superior, junto con las correspondientes normativas universitarias locales, establecen la definición de abundantes y contundentes oportunidades diseñadas para quienes poseen unas capacidades específicas, denominados “los mejores” (ANDRÉS y MANZANO, 2004; MANZANO y ANDRÉS, 2007; MANZANO, 2008). El resto se ve condenado a la exclusión o la marginación, según el caso y el momento.

Pensemos por un momento que vivimos en una sociedad donde los individuos están provistos de alas. Los edificios se construyen con la oportunidad de entrar por los tejados, volando. No existe la oportunidad de caminar suavemente por las calles, puesto que el suelo es fuertemente irregular y existen abundantes barreras para la marcha. Esa sociedad está construyendo sus oportunidades pensando en un modelo: individuo con la capacidad de volar. Usted y yo en esa sociedad seríamos discapacitados, involátiles o inválidos. No hemos cambiado nada.

Seguimos siendo las mismas dos personas. Lo que ha cambiado han sido los estándares de la sociedad donde caminamos y otros vuelan.

La célebre expresión “una sociedad pensada para hombres” da directamente con el dedo en la llaga. Si el modelo estándar es el hombre, no hay lugar para las mujeres. No basta con reivindicar oportunidades, lo que importa es poder. Dejemos las oportunidades para los letreros publicitarios de los grandes almacenes.

El poder de la visión

La ley de concreción infinita es imposible. No es viable redactar toda situación factible. Las leyes son manifestaciones más o menos generales que requieren el auxilio de los jueces para ser interpretadas, adaptándose a las infinitas situaciones de la vida real. Cuando Gandhi lanzó su célebre frase “no hay caminos para la paz, la paz es el camino” estaba suministrando una poderosa visión. Si creo en ello, si lo hago mío, si termina formando parte indisoluble de mi ser íntegro, jamás utilizaré la violencia como instrumento para llegar a la paz, pues se activará en mí la luz de aviso: “¡Un momento! ¡La paz es el camino! ¿Qué haces utilizando esta solución agresiva?”.

Pensar en la igualdad de poder relevante es una visión poderosa e íntegra. Pensar en la igualdad de oportunidades, como en la de capacidades o logros, es ver sólo una parte del objeto. Más que enzarzarse ahora en un listado sin fin de concreciones, es importante insembrar con la sentencia de que “no hay justicia social si no hay igualdad de poder relevante”. Que las personas *puedan* realmente diseñar su propia vida *pudiendo* conocer sabiamente qué es lo que quieren hacer con su existencia y *pudiendo* llevarlo a cabo es el único objetivo que satisface el ansia de justicia.

En la defensa convencida de esta visión se incluye la creencia de que las personas poderosas (desde el *poder-hacer*, no el *poder-sobre*) son, entre otras cosas, sabias y fraternales. Las injusticias (la violencia, la opresión, la ignorancia, el hambre...) nacen de la desigualdad de poder en varios sentidos. Dejarse diseñar desde fuera, por ejemplo, es una dejación de poder. Caer en la trampa de concebir la libertad como la oportunidad de escoger en lugar del poder de crear, es otra. Considerar que las cosas son así y nada se puede hacer es uno de los mayores actos para la decapitación del poder.

La visión contenida en estas líneas intenta ser una batería para la acción cotidiana.

Poder no es opresión

Deseo poder, pero no para oprimir sino para crecer. La opresión muestra más bien la incapacidad de quien oprime para conseguir logros por sus propios medios o en colaboración igualitaria con otros miembros de la sociedad. No es una persona poderosa, sino peligrosamente incapacitada. Corrigiendo su incapacidad, eliminamos su peligro. Una persona con poder, es decir, con capacidades y oportunidades coincidentes para diseñar con sabiduría su proyecto de vida y hacerlo realidad, no requiere oprimir a otras personas para conseguir fines. Es más, comprende que la sociedad es una aventura común y que la humanidad está abocada al destino común planetario (MORIN, ROGER y DOMINGO, 2001).

El poder-hacer completo incluye conocimiento en grado relevante y, por tanto, una preocupación fundamental por la educación, imbricada fuertemente en los procesos de socialización de los individuos. Las personas poderosas son, valga la redundancia, libres. Es obvio que no soy libre si no puedo, no hay libertad sin poder. Y no hay ni libertad ni poder sin una educación (familiar, social, grupal, comunitaria, institucional...) acorde.

Globalización del poder

Superar el modelo del poder como suma cero, el poder como sustantivo, el poder como aglomeración, como cesión voluntaria o no hacia manos de *los poderosos*, es comenzar con la solución de la justicia social. El poder como coincidencia relevante de oportunidades y capacidades llama al crecimiento indefinido de la humanidad.

Lo que necesitamos, pues, para construir un mundo mejor, es mejores personas, es decir, más poder en todas y cada una de las personas que constituyen el mundo. El poder-hacer llama a la colaboración, a la construcción conjunta. Las personas construyen juntas las oportunidades que necesitan sus capacidades y forman las capacidades que les permiten aprovechar las oportunidades.

El mérito desaparece. Es un invento para diferenciarnos, para premiar a quienes obedecen a los estándares y castigar a quienes no creen en los objetivos diseñados fuera de su piel. Ya se ha indicado que el mérito puede ser considerado como el resultado de una capacidad más. En cualquier caso, es un compendio o agregado de multitud de fuentes difusas (HILD y VOORHOEVET, 2004). Lo que interesa más que el mérito absoluto (sea lo que sea eso) es la *capacidad* de esforzarse por un sueño, la capacidad para trabajar en aquello en lo que creemos. Sabemos, en la experiencia de una clase, sea del nivel que sea, que las personas son sacos de

sorpresas. Ese estudiante que parecía desmotivado, desganado y vago, se activa con energía cuando el objetivo es diferente. Cuenta con la misma capacidad de esfuerzo y motivación. No se motiva, sin embargo, por la misma cosa que el resto. En cualquier caso, esa capacidad se educa. Lo que hay es, también, más o menos *capacidad* innata para el ejercicio de la fortaleza, para la puesta en práctica de la herencia física o psíquica. La sociedad no debe obstaculizar a quien ha sido agraciada por la lotería natural, pero sí centrarse en construir las capacidades necesarias en las personas no premiadas por las capacidades *seleccionadas* o, más importante aún, destruir o cambiar los estándares que definen las oportunidades a construir, para que no exista la incapacidad.

Necesitamos poder, poder y más poder, en cada uno de los habitantes del planeta.

Un mundo de gente poderosa es un mundo seguro. No necesito protegerme de quien no desea lo que tengo porque tiene poder para conseguir lo que ha decidido sabiamente que le conviene.

Un mundo de gente poderosa es un mundo justo. Cambiar opresión por poder, dominación por poder, esclavitud por poder, dependencia por poder, es construir justicia de un modo que nada puede igualar. No hay hambre si hay poder.

¿Todo el mundo hace lo mismo?

En la escuela, la profesora preguntó a sus estudiantes sobre la igualdad y la diferencia entre hombres y mujeres. Yo era muy pequeño y levanté la mano: “Tengo miedo señorita. Creo que todo el mundo debe tener los mismos derechos. Pero los hombres y las mujeres somos diferentes. Tenemos cuerpos diferentes y características diferentes. A mí me gusta que haya hombres y mujeres. Me pongo triste si pienso en que desaparecerán esas diferencias”.

Poder no es Hacer. Entre ambos media la voluntad y sólo ella. Yo puedo prender fuego al jardín público que se encuentra junto a mi vivienda. Pero no quiero. Puedo comprar un coche, pero no lo deseo, a pesar del esfuerzo publicitario que me presenta el vehículo asociado a sexo, élite, libertad y respeto por el medio ambiente.

No sólo hombres y mujeres somos diferentes. Lo somos quienes practican una religión y quienes no lo hacen. Lo somos en múltiples dimensiones. Ninguna de ellas queda disminuida por la igualdad de poder relevante. Yo puedo tener una vivienda, educarme, trabajar en lo que mejor aporte y mejor me satisface,

colaborar en mi comunidad... La concreción de todo ello admite infinitas formas. Y los poderes no relevantes (tener un coche, pintarme las uñas, rascarme la oreja izquierda con la mano derecha, estudiar alemán por placer...) son también infinitos, generando una diversidad inconmensurable. Mi forma de concretar un proyecto de vida me llevará a crear poderes no generalmente relevantes, pero importantes para mí. Igualdad de poder no es igualdad de logro, si el logro se mide a nivel de concreciones específicas y no según el grado en que cada persona consigue sus anhelos.

Que cada persona decida qué poder utilizar y cuál crear, pues tiene solvencia de poder para decidirlo.

La actuación educativa

Un mundo justo basado en la igualdad de poder relevante no es más que un sueño de gente ilusa si no interviene la educación.

Es imprescindible ayudar a crecer a niños y niñas, ayudar a crecer a las personas adultas, en un clima de visión de poder.

Los anuncios de la televisión, los modelos parentales o los cuentos infantiles (TURÍN, 1995), entre otras muchas fuentes, educan a quienes cuentan con pocos años en que las niñas *pueden* hacer, pensar, sentir y aspirar a unas cosas, y los niños a otras. La visión de poder lleva a destruir este modelo educativo y sustituirlo por otro en el que se alimente la construcción no ambiciosa de poder.

El modelo capitalista que define nuestra actual sociedad de mercado construye el edificio de la convivencia a partir de la ambición en general y de la competencia en particular (LINDBLOM, 2002). La combinación de esta semilla con el ansia de poder es un cóctel explosivo, lo que lleva a controlar el éxito de las personas con ansias de poder (PLATTS, 1998). Lleva a la visión del poder como instrumento de la ambición individual, trabaja para el modelo poder-sobre, de la dominación de los demás para el provecho propio.

La visión de una sociedad justa porque es igualitaria en términos de poder relevante, llama a una acción educativa orientada a la definición libre del propio proyecto de vida y a su consecución mediante los mecanismos de la autosuficiencia y la colaboración respetuosa y mutuamente beneficiosa con otros miembros de la comunidad.

La dominación no es una opción. Entre otras cosas, no lo es porque alimenta el poder propio a partir de la pérdida de poder de otros. Cuanto menos poder exista en la comunidad, menos poderoso soy yo, menos cosas podemos aspirar a conseguir, menos oportunidades diseñadas, menos capacidades construidas. Necesito el poder de los demás en manos de los demás, para que la suma total siga creciendo. Un mundo de igualdad de poder relevante es una sociedad donde éste crece y crece. Un mundo de poder basado en la opresión es lo contrario. Consideremos, además, que la injusticia genera miedo y éste consume cada vez más recursos, por lo que el poder se desperdicia en destinos que no merecen tanto esfuerzo, atención, tiempo ni prioridad alguna.

Una sociedad basada en el poder-sobre es básicamente estúpida. La sociedad inteligente, de individuos inteligentes, lo es porque consigue la creación continua de poder-hacer.

En esta línea urge que se impliquen las tareas educativas. El camino es amplio. Es el momento de dar fuerza a la visión.

Referencias bibliográficas

- ALEGRE, M. (2004). "¿Quién teme a la igualdad?" *Doxa. Cuadernos de Filosofía del Derecho*, 27, 181-210.
- ANDRÉS, L. y MANZANO, V. (2004). "¿Hacia dónde camina la Universidad? Reflexiones acerca del EEES". *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 18 (3), 269-276.
- ASIÁN, R., MANZANO, V. y RODRÍGUEZ SOSA, V. (2008). "Estudio para identificar la feminización y masculinización de actividades en el Bajo Guadalquivir". IX Jornadas de Economía Crítica. Bilbao, 27-29 de marzo. En http://www.ucm.es/info/ec/ecocri/cas/asian_chaves.pdf [Consulta: 8 de julio de 2008].
- BLAT, A. (1994). "Informe sobre la igualdad de oportunidades educativas entre los sexos". *Revista Iberoamericana de Educación*, 6, 123-145.
- BONDER, G. (1994). "Mujer y educación en América Latina: hacia la igualdad de oportunidades". *Revista Iberoamericana de Educación*, 6, 9-48.
- COLLYMORE, Y. (2005). *Igualdad entre los sexos: nuevas oportunidades de cara al futuro*. Washington: Population Reference Bureau. En http://www.prb.org/pdf05/GenderEquality_Sp.pdf [Consulta: 8 de julio de 2008].

- DEERE, D. R. y WELCH, F. (2002). "Inequality, incentives, and opportunity". *Social Philosophy & Policy Foundation*, 19 (1), 84-109.
- HILD, M. y VOORHOEVET, A. (2004). "Equality of Opportunity and Opportunity Dominance". *Economics and Philosophy*, 20, 117-145.
- HOLLOWAY, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Barcelona: El viejo topo.
- LINDBLOM, C. E. (2002). *El sistema de mercado*. Madrid: Alianza Editorial.
- LOEWE, D. (2007). "Teorías de justicia igualitaria y derechos culturales diferenciados". *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política*, 36, 275-302.
- MANZANO, V. (2008). "Qué cosa es esa de la Universidad Privatizada". *Opciones Pedagógicas* (en prensa).
- MANZANO, V. y ANDRÉS, L. (2007). *El diseño de la nueva Universidad europea. Algunas causas y algunas consecuencias*. Sevilla: Atrapasueños.
- MORIN, E., ROGER, E. y DOMINGO, R. (2001). *Educación en la era planetaria. El pensamiento complejo como Método de aprendizaje en el error y la incertidumbre humana*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- PLATTS, M. (1998). "Poder y autonomía". *Isonomía*, 8, 30-41.
- ROEMER, J. E. (2000). "Variantes de la igualdad de oportunidades". *Fractal*, 5 (16), 151-168.
- TURÍN, A. (1995). *Los cuentos siguen contando. Algunas reflexiones sobre los estereotipos*. Madrid: Horas y horas.

